

ROKSHAN

Y LOS

JINETES SALVAJES

PETER
WARD



Rokshan
y los Jinetes Salvajes





Rokshan
y los Jinetes Salvajes

Peter Ward

Traducción de
Mila López Díaz-Guerra

Rocaeditorial

Título original: *Dragon Horse*
Copyright © Peter Ward, 2008
All rights reserved

Primera edición: abril de 2009

© de la traducción: Mila López Díaz-Guerra
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92429-96-7
Depósito legal: M. 19.540-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A mi esposa, Renata, y a mis hijos —Julitta,
Dominic y Sebastian— por no perder la fe

Personajes

Dioses, inmortales y espíritus custodios

Señor de la Sabiduría, dios supremo, creador
del cielo, de la tierra y de todo cuanto hay en ellos.

Chu Jung, espíritu del fuego y ejecutor celestial
(primer servidor del Señor de la Sabiduría).

Corhanuk, espíritu custodio superior
y mensajero del Señor de la Sabiduría

Sombra Sin nombre, espíritu custodio superior
caído (en otro tiempo favorito del Señor
de la Sabiduría).

Rey Carmesí, espíritu custodio superior caído,
guardián de las puertas del infierno.

Espíritu del Jade, espíritu custodio superior.
caído, guardián de la Rueda del Renacimiento.

Beshbaliq, espíritu custodio menor caído,
cómplice de la Sombra.

Espíritu de los Cuatro Vientos, espíritu de la naturaleza.

Kuan Yin, diosa de la misericordia y protectora
de los viajeros.

Guan Di, dios de comerciantes, eruditos
y guerreros.

Shou Lao, narrador.

Caballos y dragones

Observador de Estrellas, señor de los caballos, semental gris, no tiene amo.

Brisa Susurrante, yegua alazana, montura de Cetu

Recolector de Tormentas, semental negro, hermano de Brisa Susurrante, montura de Zerafshan

Han Garid, señor de los dragones del trueno

Los Jinetes Salvajes

Cetu, maestro del Método, mentor de Rokshan, jefe no electo del clan Quinto Valle

Draxurion, jefe de clan de los Jinetes de la Estepa

Gandhara, jefe de clan del Primer Valle de los Jinetes

Akthal, jefe de clan del Segundo Valle de los Jinetes

Mukhravee, jefe de clan del Tercer Valle de los Jinetes

12 **Sethrim**, jefe de clan del Cuarto Valle de los Jinetes

Lerikos, hermano de Gandhara, explorador

Kezenway, hijo de Lerikos, explorador

Salamundi, joven guerrero del Primer Valle de los Jinetes

Hermandad de las serenadhi, cantoras de caballos

Sumiyaa, principal cantora de caballos

Maracanda

Populosa capital del Imperio Occidental de China

Naha, fundador de la casa comercial de los Vaishravana

Zerafshan, hermano de Naha, anteriormente agregado militar en la corte imperial y comandante del cuerpo de caballería imperial

An Lushan, hijo mayor de Naha

Rokshan, hijo menor de Naha

Jiang Zemin, jefe del Consejo de Ancianos

Kanandak (Kan), acróbata, el mejor amigo de Rokshan

Ah Lin, fámula de los Vaishravana

Vagees Krishnan, amanuense mayor

Gupta, hijo de Vagees, jefe camellero
Chen Ming, jefe de caravanas, amigo de Naha
Qalim, escolta de caravanas
Bhathra, escolta de caravanas

Pueblo de los darhad, nómadas del norte

Sarangerel, tejedora de sortilegios, sanadora
Lianxang, nieta de Sarangerel, amiga de Rokshan y de An Lushan
Dalgimmaron, forjador de leyes
Zayach, rastreador
Mergen, rastreadora

Ciudadela del monasterio de Labrang

El abad, Primero de los Elegidos, el organismo rector de la hermandad de las Tres Liebres Una Oreja
Sung Yuan, monje guerrero

13

En otro lugar del imperio

Emperador H'sien-tsung, *Hijo del Cielo*, gobernante despótico de China y de todas las Tierras Conocidas
Arkan Shakar, general de brigada de la caballería ligera imperial
Vartkhis Boghos, acaudalado mercader armenio, rival implacable de los Vaishravana

Monedas: *celehk* y *taal*

Medidas de longitud: *li*: milla china, alrededor de un tercio de milla *yin*: un metro, aproximadamente

1 círculo de vela: 1 hora

En el principio el Señor de la Sabiduría estaba solo. Dueño y señor de la Creación, quiso compartir las maravillas del mundo que había forjado y contempló de nuevo los cinco elementos valiosísimos con los que había dado forma a todas las cosas: agua, tierra, madera, fuego y metal.

Insuflando su aliento otra vez en cada uno de ellos, hizo aparecer un sinnúmero de colores, formas y sentimientos que bailaron una loca danza de vida. Pero el Señor de la Sabiduría se cansó de la danza y los transformó en espíritus; los llamó espíritus dragontinos porque ardían esplendorosos con el fuego de la vida.

Los envió al mundo para que vivieran en él, y allí se convirtieron en espíritus invisibles de bosques y montañas, ríos y arroyos, lagos y océanos, valles, llanuras y desiertos. Creó entonces espíritus custodios para que lo sirvieran y también envió a algunos de éstos al mundo, donde asumieron la forma de hombres y mujeres. Pero con el paso del tiempo olvidaron a los espíritus dragontinos con los que habían compartido el mundo al principio, y éstos fueron presa de los celos, creyeron que la humanidad había dado la espalda al Señor de la Sabiduría, y, empujados por la envidia y la cólera, transmutaron en monstruos.

Los espíritus dragontinos del fuego fueron los más feroces e impetuosos de todos. Despojándose de su invisibilidad, adoptaron el aspecto más pavoroso, desarrollaron alas para dominar el cielo, y, asumiendo forma de dragones, sembraron el terror entre las gentes

Fuente: desconocida, pero se cree que pertenece al El libro de Ahura Mazda, Señor de la Sabiduría; fragmento de un rollo de pergamino hallado en 807 d.C. por un enviado imperial de camino a Maracanda.

Prólogo

Muchos eones atrás, en los albores de la historia

Chu Jung, espíritu del fuego y ejecutor celestial al servicio del Señor de la Sabiduría, se erguía como un coloso sobre el mundo con un pie en los océanos y el otro en los continentes para enfrentarse al último y más poderoso de todos los espíritus dragontinos.

17

Consumidos por la envidia a la humanidad, Han Garid y sus semejantes se convirtieron en monstruos que mataban y devoraban a quienes antaño, siendo espíritus de la naturaleza, amaron.

—¿Por qué os alzasteis contra el Señor de la Sabiduría? — increpó Chu Jung con voz atronadora. Sostuvo en alto el Talismán mientras movía un brazo sobre los océanos, y los gritos lejanos de un millar de dioses demonios emergieron violentamente desde las profundidades. A una orden de Chu Jung las aguas de los océanos se elevaron más y más hasta formar una catarata altísima y reluciente que llegó al cielo. El sol se ocultó y la oscuridad cayó sobre el mundo, pero Han Garid lanzó su desafío con gritos estruendosos:

—¡Soy Han Garid, señor de los dragones del trueno! Ni siquiera las aguas de todos los océanos del mundo extinguirán mi fuego. ¡Únete a nosotros, Chu Jung, y juntos gobernaremos la tierra y dominaremos el cielo!

Acto seguido lanzó un terrible rayo de fuego que retumbó y chisporroteó alrededor de ambos, pero el propio manto de

fuego de Chu Jung lo protegió, y, en la penumbra desgarrada, contempló al monstruo en que Han Garid se había convertido.

El señor de los dragones del trueno era inmenso, tan largo como nueve caballos uno detrás de otro, por lo menos, y la envergadura de las alas debía de igualar la longitud de cinco equinos; protuberancias óseas le surcaban la cara, y en su enorme cabeza de reptil lucía un cuerno, que medía como el brazo extendido de un hombre y se curvaba hacia atrás en forma de pico; los ojos, rojos y penetrantes, despedían un brillo de cruel inteligencia, mientras que el intenso colorido de la piel —un reverbero entre dorado y verde, surcado por un azul increíblemente claro— era la única reminiscencia que quedaba del hermoso espíritu que había sido en otro tiempo.

—Te aliaste con el espíritu custodio rebelde que antes era el predilecto del Señor de la Sabiduría; se proponía implantar el mal en el mundo y erradicar el bien para siempre con la ayuda de sus dos espíritus afines, pero ha sido vencido y en este momento espera su castigo —le dijo Chu Jung—. Así que debes presentarte tú también ante el Señor de la Sabiduría para conocer tu destino y ser testigo del que le aguarda a tu colaborador.

18

Han Garid resopló con desdén y expulsó un rayo de fuego al tiempo que extendía las alas, pero Chu Jung ordenó a las aguas que se precipitaran sobre él con estruendo y lo envolvieran como si fueran una red inmensa. El dragón del trueno se debatió en vano, mientras las aguas de todos los océanos del mundo extinguían su fuego para siempre.

Después Chu Jung recogió al dragón ígneo y lo condujo a presencia del Señor de la Sabiduría, que los esperaba en los límites del universo sin dejarse ver.

Allí, aquel que creó el cielo y la tierra y todo cuanto hay en ellos pronunció en primer lugar su terrible veredicto sobre quien fuera su predilecto entre todos los espíritus custodios, pero que osó rebelarse contra él:

—De ahora en adelante no tendrás nombre y sólo serás una sombra, un gemido del viento en la oscuridad. Erradicaré tu recuerdo de la memoria de todas las criaturas mortales, y mi mensajero, Corhanuk, dará testimonio a tus cómplices de lo que ha sido de ti.

Entonces el Señor de la Sabiduría pronunció las palabras sagradas y creó el Arco de Oscuridad entre el espíritu custodio caído y el mundo de los vivos; luego lo selló con la recitación de su nombre, nombre que nunca volvería a pronunciarse. Y el espíritu custodio caído, desde entonces conocido como la Sombra, quedó desterrado para siempre.

El Señor de la Sabiduría contempló a Han Garid, y la tristeza le empañó la mirada al ver en qué se había convertido la primera de sus maravillosas creaciones. Pero no tuvo fuerzas para destruir a sus criaturas primogénitas.

—Lleva a Han Garid al Estanque de la Vida, junto a los espíritus dragontinos del aire y del agua y todos los de su especie —le ordenó a Chu Jung—. Allí los despertarás para que nazcan.

Chu Jung cumplió las instrucciones recibidas, y su señor, en su sabiduría, forjó la esencia de los espíritus dragontinos de un fuego tal que jamás morirían, y plantó la chispa más pequeña de la inmortalidad de Han Garid en lo más profundo del alma de sus criaturas más bellas y nobles, a las que se les dio el nombre de caballos-dragón.

Entretanto Corhanuk se apresuró a dar testimonio del castigo impuesto por el creador. Pero algo se había agitado en lo más profundo de su ser cuando presenció el destino fatal de la Sombra... Y le corroyó un ansia incipiente del poder que el espíritu custodio caído había estado a punto de arrebatarse al Señor de la Sabiduría. Un plan muy diferente comenzó a tomar forma en el maquinador corazón del mensajero, un plan tan ambicioso que comprendió que tardaría eones en realizarse. Sabía que debía ser paciente y astuto si iba a servir a otro señor, uno que sin duda lo recompensaría bien si él, Corhanuk, lograba librarlo de su eterno confinamiento.

A partir de ese momento y por encima de todo, concibió como único propósito liberar a la Sombra atrapada tras el Arco de Oscuridad a fin de que se enseñoreara nuevamente de la tierra y gobernara el cielo.

PRIMERA PARTE

Maracanda, 818 d. C.



Capítulo 1

Un regreso inesperado

*M*ientras los primeros rayos del sol proyectaban sombras alargadas sobre la capital del Imperio Occidental, Kan corría por las calles desiertas y polvorientas de Maracanda; inhalaba a bocanadas el aire frío y saltaba por encima de los cuerpos de la gente que dormía en las calles del Gran Bazar. Dentro de un par de horas el calor extremo de las últimas semanas se posaría sobre la ciudad como un manto.

23

Era pleno verano, y en el laberinto de callejones serpenteantes que rodeaban el Gran Bazar se acumulaban montones de basura sin recoger. Hacía bastante tiempo que no soplaba el viento en las llanuras, y la hierba estival, por lo general tan exuberante y verde, iba adquiriendo un color marrón agostado. Los vientos refrescantes del norte no habían llegado, y Maracanda se cocía con el calor; la gente murmuraba que era un mal presagio, otra señal de los tiempos turbulentos que corrían.

Kan era acróbata; sólo tenía trece años, pero había viajado con la gente del circo por las calzadas comerciales que surcaban el imperio, en una y otra dirección, durante más tiempo que cualquiera de sus amigos. De entre éstos, el más apreciado era Rokshan, hijo menor de uno de los mercaderes más ricos de la ciudad, una familia poderosa de comerciantes dirigida por el formidable Naha Vaishravana. Kan estaba impaciente por contarle que su narrador preferido, Shou Lao, a quien todos cono-

cían como el Anciano de los Mercados, había regresado formando parte del último espectáculo del circo.

Shou Lao no había estado en Maracanda desde hacía muchos años, y Kan estaba dispuesto a apostar diez *taals* de plata a que traía un montón de relatos nuevos y maravillosos para contar. El muchacho llamó a la maciza puerta principal de dos hojas, construida en el centro exacto de la fachada de la casa de Rokshan. La fámula, Ah Lin, abrió una de las hojas apenas una rendija para ver quién llamaba a una hora tan intempestiva, pero esbozó una sonrisa complacida de bienvenida, que le remarcó las arrugas del rostro, cuando comprobó de quién se trataba.

—¡Kanandak, maestro acróbata, ha regresado por fin a la Ciudad de los Sueños del Imperio Occidental! —entonó Kan con su mejor voz de director de pista al tiempo que hacía una profunda reverencia y sonreía a la mujer, tras realizar un círculo perfecto de volteretas de costado.

—Entra, entra, antes de que despiertes a toda la casa... Conque «maestro acróbata» ¿eh? —Ah Lin soltó una risita divertida.

—No, no puedo entretenerme. ¿Está despierto Roksy? ¡Tiene que ir enseguida a saludar a una persona a la que no ve desde hace un montón de años! Dile que Shou Lao, el viejo narrador, está aquí, y que se reúna conmigo en la puerta de la escuela dentro de dos círculos de vela.

Y de inmediato desapareció calle abajo en un vertiginoso remolino de saltos mortales y volteretas.

Ah Lin recordó la última vez que el viejo narrador estuvo en Maracanda. Poco después de que se marchara, la joven señora de la casa y madre adorada de Rokshan contrajo unas fiebres misteriosas y murió. A la anciana criada siempre le había parecido una coincidencia extraña, aunque quizá sólo se trató de eso —una coincidencia—, pero no fue capaz de quitárselo de la cabeza ni entonces ni ahora cuando todo le vino de golpe a la memoria.

Mientras sonreía preocupada, vio alejarse a Kan y se hizo la señal del dragón (una especie de «S» que representaba la forma sinuosa de la criatura mítica) con la uña del pulgar en la frente, en la boca y en el pecho para protegerse de malos espí-

ritus; después cerró la puerta haciendo el menor ruido posible y se perdió en el interior de la casa.

A la Escuela de Enviados Especiales de Maracanda acudían alumnos de todo el imperio, chicas y chicos que querían formarse como enviados destinados a puestos diplomáticos de relevancia por todas las Tierras Conocidas. Rokshan tenía catorce años y todavía le quedaban otros dos de estudios.

La escuela se ubicaba cerca del Gran Bazar, en el centro de la ciudad. El ruido de fondo producido por el runrún y el vocerío del enorme mercado le resultaba extrañamente reconfortante a Rokshan, quien meneó la cabeza para espabilarse y se pasó los dedos por la espesa mata de cabello castaño que llevaba largo para tapar una malformación de nacimiento: sólo tenía una oreja. A él no le molestaba semejante defecto —oía a la perfección—, pero de cualquier modo prefería tapar el pequeño muñón de cartílago que ocupaba el lugar de la otra oreja. Sin embargo, en ese momento habría preferido llevar la cabeza afeitada porque así iría más fresco, pues incluso a una hora tan temprana, el calor ya molestaba; el sudor le había humedecido la túnica de lino, y los pies le resbalaban en las ligeras sandalias de cuero. ¿Dónde se había metido Kan? Qué típico de él dejar un mensaje emocionante y después no aparecer.

25

Mientras observaba el constante raudal de gente que se dirigía al Gran Bazar, en el que se compraba, se trocaba, se vendía y se cambiaba absolutamente de todo procedente de cualquier rincón del imperio, vio a una familia de mercaderes tratantes de algodón que caminaba tambaleándose bajo el peso inestable de los rollos atados a la espalda.

Comerciar, comprar y vender era la savia de la ciudad de Maracanda, el medio de vida de la familia de Rokshan, así como el de centenares de familias más. El muchacho ayudaba cuando podía arañar un poco de tiempo a sus estudios, y le encantaba captar y descubrir las gangas en las caravanas que llegaban del este o en las que iban de camino a la capital imperial.

El padre de Rokshan no comerciaba sólo con algodón, sino también con damasco, seda, especias, hierbas y productos hortícolas; asimismo compraba y vendía todo tipo de enseres para

la casa: mesas y sillas, aparadores, divanes, retablos, vasijas de barro, artículos de cerámica y vajillas de porcelana para las mesas de los mercaderes ricos; importaba juegos de ajedrez de marfil tallados exquisitamente y tableros del más duro ébano traídos de las lejanas junglas de los reinos del Imperio Meridional, así como intrincadas tallas de dragones de jade de formas y tamaños de lo más variado para guardar la puerta de toda buena casa que se preciara en Maracanda, casas a las que traían buena suerte y ventura. A los espíritus dragontinos también se los consideraba heraldos de crecidas y lluvias, así que el comercio de las tallas de jade había sido muy activo.

—¡Roksy! ¿Vas a venir o piensas quedarte plantado ahí todo el día? —Poniendo en práctica uno de sus viejos trucos, Kan había salido de la nada un poco más adelante, calle abajo, y hacía el pino con las piernas apoyadas en la pared.

—¡Voy, voy! —gritó el aludido mientras se abría paso entre la multitud—. Bien, ¿qué es todo eso sobre Shou Lao?

—¡Te costará dos *taals* de plata! —respondió Kan al tiempo que arqueaba la espalda y se ponía de pie de un salto. Se escabulló cuando Rokshan alargaba el brazo para agarrarlo—. ¡Sígueme, Roksy, y no te quedes rezagado! —Kan miró hacia atrás y se echó a reír.

Salió de la calle principal y se metió por el laberinto de callejuelas sinuosas en dirección a la Puerta de Oriente de la ciudad que marcaba el comienzo —o el final— de la calzada en dirección a Chang'an. Profiriendo un grito exasperado, Rokshan fue tras él. Corrieron alrededor de puestos y talleres que atestaban esa parte de la ciudad como si en ello les fuera la vida.

—¡Calma, chicos, calma! ¿Acaso cabalgáis en caballos-dragón? —les gritó un vendedor de alfombras cuando frenaron un poco para doblar una esquina. En ese momento un chirriante carro de bueyes cargado hasta los topes con altos cestos de mimbre apareció por la misma esquina. Rokshan se dio cuenta de que no tenían la menor posibilidad de evitar a los plácidos animales que tiraban del carro. ¡Cataplum! Kan soltó un grito ahogado de dolor y se apretó el tórax tras rebotar contra el enorme y sólido cráneo de uno de los bueyes.

Cayó hecho un ovillo, y Rokshan no pudo esquivarlo al doblar a su vez la esquina y se fue de bruces al suelo. El buey y su

sorprendido compañero se detuvieron en seco un instante, y después echaron la cabeza hacia atrás, asustados y aturridos.

—¡So, so! —gritó el vendedor de cestos mientras intentaba controlar a los animales—. ¡Idiotas! ¡Apartaos de ellos! — Los dos muchachos trataban de tranquilizar a los espantados bueyes—. ¡Maldita prole incubada con aliento de dragón! — maldijo el carretero chasqueando el látigo cerca de ambos chicos. El repentino movimiento de los bueyes había desplazado la carga, y provocó la caída en cascada de los cestos de mimbre.

El enfurecido vendedor bajó de un salto, látigo en mano, y salió en persecución de los dos amigos, porque éstos, con muy buen criterio, decidieron no ayudar al dueño del carro a arreglar el estropicio que habían ocasionado.

—¡Zopencos! ¡Por las barbas ardientes de Han Garid, volved aquí! —chilló el hombre, pero ellos ya habían desaparecido—. ¡Idiotas! Como os atrape os desollaré vivos...

En su precipitada huida, aunque amortiguados por sus propias risas, oyeron los gritos del vendedor.

Se acercaban a la barbacana de la Puerta de Oriente; las dos torres de la entrada tenían una altura de veinte *yins* y flanqueaban las puertas fortificadas que se cerraban y atrancaban todas los días al atardecer. Al aproximarse vieron guardias equipados con lanzas que patrullaban las murallas. Había ocho puertas barbacanas de acceso a la ciudad, todas ellas sumamente protegidas.

Se abrieron paso a empujones a través del raudal constante de personas hacia el caravasar —una serie de callejas entrecruzadas, tiendas de té y casas de huéspedes con patios a cielo abierto— que se alzaba justo al otro lado de las murallas de la ciudad. En ese lugar se albergaba una población flotante de centenares de mercaderes y viajeros que pasaban por Maracanda a diario. Cualquiera narrador que mereciera el pan que se comía encontraría allí una audiencia bien dispuesta, y los muchachos sabían que Shou Lao era uno de los mejores.

Enseguida localizaron dónde estaba. En el gran patio de una de las mejores casas de huéspedes había reunida una multitud; era un lugar fresco y umbroso, con una fuente cantarina en el centro. Madres y niños, muchachos y chicas, personas mayores —hombres y mujeres—, viajeros e incluso algunos de los ven-

dedores del mercado que hacían un alto en la tarea esperaban con impaciencia la aparición del anciano. En medio de un animado murmullo de conversaciones expectantes, los dos muchachos se acomodaron en los peldaños de la balaustrada cubierta que circundaba el patio.

—Fíjate, allí, junto a la entrada. —Kan dio un codazo a Rokshan—. Tu hermano... ¡Y Lianxang! Hacía tiempo que no la veía.

Rokshan miró en la misma dirección y saludó con la mano, pero los otros dos se hallaban absortos en la conversación y no los vieron. Su hermano, An Lushan (a quien todos llamaban An'an, excepto su padre), era tres años mayor que Rokshan y acababa de terminar el último trimestre en la Escuela de Enviados Especiales. Sin embargo, no asistiría a la Academia Han Lin, en Chang'an, para seguir los estudios de diplomático, sino que se dedicaría al negocio familiar. Cierta día, siendo ambos pequeños, le dijo con solemnidad a su hermano menor que sería aún más rico y más importante que el gran Vartkhis Boghos, un mercader famoso en todas las Tierras Conocidas, y —se rumoreaba— tan acaudalado que sólo tenía que soplar sobre cualquier cosa para convertirla en oro. A Rokshan le sorprendió ver allí a An'an, porque su hermano desestimaba los relatos antiguos con desdén; él sólo vivía para los negocios y el comercio.

28

La amiga que lo acompañaba era una alumna de la escuela; se llamaba Lianxang. Era alrededor de un año mayor que Rokshan y procedía del remoto norte del imperio; sólo hacía un año que acudía a la escuela, pero la viveza mental de la muchacha impresionó a todo el mundo. Esbelta y ágil, llevaba el cabello corto y un largo estilete a la cadera. Rokshan le había hecho a menudo preguntas sobre su gente, los misteriosos darhad, un pueblo nómada del norte que siempre se había mantenido aislado del resto del imperio, pero ella le respondía siempre con evasivas o se reía, y se encogía de hombros. Pero Rokshan sabía que a Lianxang —igual que le ocurría a él— le encantaban los relatos antiguos. Con frecuencia la había visto en la biblioteca, absorta en la lectura de rollos de pergamino, y sospechaba que los viejos mitos y leyendas significaban para ella mucho más de lo que habría querido admitir. Sin duda, su

presencia allí era la razón de que su hermano se encontrara entre la multitud.

Todos los reunidos guardaron silencio cuando un niño de la primera fila señaló hacia una de las entradas en forma de arco que había alrededor del patio, aunque se percibían un rebullir generalizado y carraspeos nerviosos entre el gentío, ansioso por ver aparecer al anciano. Pasaron un par de minutos antes de que se oyera un débil y repetido golpeteo al otro lado de la arcada; entonces se produjo una unánime exclamación ahogada y todo el mundo hizo un gran esfuerzo para atisbar al renombrado narrador...